

Domingo XXIV del Tiempo ordinario, ciclo A

“No te digo que perdones hasta siete veces,
sino hasta setenta veces siete”

Mateo 18, 21-35



- **Eclesiástico 27,30-28,7** “Perdona la ofensa a tu prójimo y, cuando reces, tus pecados te serán perdonados”
- **Salmo 102** “El Señor es compasivo y misericordioso, lento a la ira y rico en clemencia”
- **Romanos 14, 7-9** “Ya vivamos, ya muramos, somos del Señor”
- **Mateo 18, 21-35** “No te digo que perdones hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete”

Reflexión y oración

Me pongo en presencia de Dios Padre.

- Pido la ayuda del Espíritu Santo.
- Puedo ser yo Pedro que me presento ante Jesús y le hago la pregunta. Y Jesús me responde que he de perdonar siempre.
- Pienso en mi ambiente, en mi comunidad, Equipo de Vida, etc. ¿hay perdón? ¿Nos perdonamos? ¿Por qué? ¿Qué consecuencias se derivan?
- Miro a Jesús a lo largo de toda su vida ¿perdonó? Contemplo la manera de hacer de Dios Padre. ¿Qué me enseña?
- Le doy gracias a Dios de los gestos de perdón que conozco y le pido perdón de los que no quieren perdonar.
- Le pido al Señor que me ayude, nos ayude a perdonarnos siempre por mucho que nos cueste. El perdón cuesta y mucho.
- Llamadas.
- Hablo con Dios Padre del perdón

Notas para fijarnos en el Evangelio

- Si la corrección es necesaria en la vida de la comunidad, como se nos decía el domingo pasado, el perdón es también es una de las características, de las prácticas, que deben darse en toda comunidad cristiana.
- Pedro, seguramente, ha oído a Jesús hablar del perdón y quiere una norma concreta a la que atenerse. Le dice a Jesús si tiene que perdonar “hasta siete veces siete”, o sea, muchas; con lo que ya supera lo que decían los maestros judíos (21).
- Pero, la respuesta de Jesús no pone un número límite al perdón sino que dice que hay que perdonar siempre (22).
- Y como explicación Jesús les cuenta la parábola.
- Al rey de la parábola al ver postrado a sus pies al siervo se le conmueven las entrañas, se llena de compasión y perdona toda su deuda (27), que era una cantidad astronómica. Según Flavio Josefo el talento vale diez mil denarios; luego diez mil talentos (24) suman cien millones de denarios. El jornal de un obrero era de un denario al día.
- Este siervo perdonado no es capaz de hacer lo mismo con un compañero que le debe una cantidad ridícula: cien denarios (28).
- La diferencia entre ambos es que el rey tiene compasión y el siervo no (30). Este será condenado por no tener compasión.
- Jesús nos propone un perdón sin medida, sin límites o sea: siempre.

Y esto ¿porqué? ¿Dónde se apoya Jesús para pedir un perdón tan grande?



- Simplemente porque esa es la manera de actuar de Dios que es “compasivo y misericordioso, lento a la cólera y rico en clemencia... no nos trata como merecen nuestros pecados ni nos paga según nuestras culpas” (Sal 103 8.10).
- En el relato se nos muestra la forma de actuar Dios con nosotros y al mismo tiempo se nos describe nuestra manera de hacer.
- También nosotros hemos sido agraciados con el perdón de Dios. Y como Dios nos ha perdonado lo lógico es que nosotros también nos perdonemos.
- Si nosotros no perdonamos, no podemos pedirle a Dios que nos perdone.
- Bueno es que recordemos aquella máxima de la Palabra de Dios: “con la medida con que midáis se os medirá” (Mt 7, 2).
- Perdonar no es nada fácil, requiere valentía y sobre todo la ayuda de Dios. Sabiendo lo difícil que nos resulta perdonar Jesús nos pide que a diario se lo pidamos a Dios: “perdona nuestra ofensas como nosotros perdonamos a los que nos han ofendido” (Mt 6, 12).

Si mi hermano me ofende ¿cuántas veces tengo que perdonar?

Señor Jesús, tu amigo Pedro te presenta una cuestión vital que le preocupa. Te ha oído hablar muchas veces del perdón, ha visto que tu perdonas y constata que tu manera de hacer va mucho más lejos de las normas del momento. Como seguidor tuyo te hace su pregunta: "¿cuántas veces tengo que perdonar?"

Me parece muy positiva la manera de hacer de Pedro: acercarse a Ti para plantearte cuestiones no teóricas sino vitales.

Pedro ya va más lejos que lo que dictan las normas del momento, se ha puesto la meta del "siete veces siete". Pero Tú le superas en mucho.

Para Ti el perdón no tiene límites: hemos de perdonar siempre.

Esto lo veían imposible tus primeros discípulos y también nos resulta imposible a nosotros.

De hecho, todos constatamos que no es fácil perdonar siempre.

Simplemente el hecho de perdonar nos cuesta, sobretodo si la ofensa es grande, si nos hemos sentido heridos gravemente.

Por todo ello es preciso recurrir a la ayuda de Dios para pedirle que nos ayude a perdonar.

Señor Jesús
ayúdanos a perdonar como Tú quieres que perdonemos,
a perdonar como Tú perdonabas,
a perdonar como Dios Padre nos perdona.

Para nosotros, para nuestras fuerzas es muy difícil, muy difícil perdonar siempre.

Por eso vemos que hay hermanos que no se hablan,

gentes que participan en tu Mesa y escuchan tu Palabra, gentes

de una misma Comunidad que no se hablan, que no son capaces de perdonarse.

Yo añadiría otra razón para perdonarnos: todos somos débiles, todos cometemos fallos... dado que esa es nuestra manera de ser lo lógico es que nos perdonemos: "hoy por ti y mañana por mí".

PERDÓN

Un joven se fue a estudiar a la ciudad, quería aprender muchas cosas, pero sobre todo quería ser libre.

Sus padres le dieron el dinero suficiente para que pudiese pagar la pensión de todo el año y a los profesores.

El caso es que cuando llegó a la ciudad llevado por esas ansias de libertad hizo muestra de su dinero. Pronto tuvo muchos amigos y vivió como un rey. Pero aquello duró poco.

A la universidad no le dio tiempo ni de conocer donde estaba.

El caso es que todos sus caudales se terminaron.

Entonces pensó en casa, además se acercaban las fiestas de Navidad.

Un día, se decidió escribir una carta a sus padres. En la carta les pedía perdón y que les decía que les quería de verdad, aunque durante meses no les hubiese escrito ni una sola carta.

El cartero del pueblo llevó un día la carta a casa. La madre dejó la carta encima de la mesa.

Cuando el padre regresó del trabajo tomó la carta en sus manos, la abrió. Vio que era del hijo que estaba en la capital estudiando. Su corazón se aceleró. Y llamó al hijo mayor para que viniese a leer la carta. La madre también se acercó y así como los otros hijos.

En la carta el hijo decía que pedía perdón, que dormía debajo de un puente y que pasaba hambre.

Con gran silencio escuchaban la carta del hijo.

Para finalizar el hijo les decía que estaba dispuesto a volver a casa si ellos estaban pensando perdonarle.

Si de verdad le perdonaban no tenían más que atar un pañuelo blanco en el árbol que hay en la estación. El pensaba ir al pueblo en vísperas de las Navidades. Si al llegar a la estación veía el pañuelo blanco bajaría e iría a casa para estar con ellos, si no veía el pañuelo blanco continuaría el camino.

En el tren, camino de su pueblo, se imaginaba el árbol sin hojas y con un pañuelo blanco, a veces pensaba que el árbol estaría sin hojas y sin el pañuelo.

Cuando el tren llegó a la estación y se paró fijó su mirada en el árbol y no pudo reprimir su emoción. No sólo había un pañuelo blanco en una rama sino que todo el árbol estaba repleto de pañuelos, unos grandes y otros pequeños, como si hubiese florecido.

Al bajar del tren se encontró con toda su familia que le esperaba.

Aquel día nació de nuevo y fue el día más bonito de esta familia.



VER

Una persona de edad avanzada comentaba con otra que, hacía muchos años, se rompió la relación con unos familiares cercanos por una serie de circunstancias, y que desde entonces no había tenido ningún contacto directo con ellos. Ahora se preguntaba por lo que motivó dicha ruptura y veía que no había merecido la pena, ya que echaba en falta a esas personas, y se lamentaba por haber mantenido ese distanciamiento durante todo este tiempo, y no sabía cómo podrían reconciliarse.



JUZGAR

Hoy la Palabra de Dios, en la 1ª lectura y en el Evangelio, nos invita a reflexionar sobre algo tan necesario humanamente como es el perdón y la reconciliación. No vamos a entrar en casos extremos, en los que algunas personas han sufrido mucho por causa de otros, porque en estas situaciones el proceso de perdón es muy complejo. Vamos a situarnos en un plano más cotidiano.

Todos tenemos experiencia de enfados, riñas y rupturas y, sobre todo cuando estamos seguros de tener razón, o de hecho la tenemos, nos sentimos con todo el derecho a reclamar a la otra parte que reconozca su error y se disculpe. Cuando esta disculpa no llega, surge el distanciamiento y la ruptura de relaciones, que pueden prolongarse durante mucho tiempo. Al principio puede que esto no nos duela, incluso que nos sintamos aliviados y satisfechos, pero quizá un día también nos preguntemos si había merecido realmente la pena llegar a ese punto.

A la mayoría nos cuesta perdonar, aunque sabemos que deberíamos hacerlo. Unas veces porque no sabemos cómo iniciar el proceso de reconciliación; otras veces porque sentimos que, al perdonar, estamos renunciando a nuestros derechos, o que nos estamos rebajando delante del otro. Pero de este modo nos quedamos en el plano humano, estamos haciendo depender el perdón de nuestra voluntad o nuestra capacidad, y por eso en muchos casos nos resulta imposible perdonar.

Por eso hoy el Señor, con la parábola del siervo despiadado, nos recuerda que la motivación para perdonar no la debemos poner en nosotros sino en Él y en el perdón que nosotros hemos recibido y recibimos de Él. Porque todos, aunque lo olvidemos o no lo queramos reconocer, somos grandes deudores del perdón y de la misericordia de Dios; a todos el Señor nos ha perdonado mucho, como a ese siervo de la parábola, cosas que sólo Él y cada uno de nosotros sabemos.

Por eso, cuando nos veamos en la necesidad de perdonar a alguien, pero nos cueste hacerlo, debemos recordar las palabras que el rey de la parábola dirige al siervo: toda aquella deuda te la perdoné porque me lo rogaste. ¿No debías tú también tener compasión de tu compañero, como yo tuve compasión de ti?

No es que Dios nos esté constantemente reprochando y echando por cara aquello que hicimos. Como hemos escuchado en el Salmo: No está siempre acusando ni guarda rencor perpetuo. Se trata de recordar que no nos trata como merecen nuestros pecados ni nos paga según nuestras culpas. Por eso, siempre debemos tener presente y agradecer el amor y la paciencia de Dios porque, cada vez que nos hemos acercado al Sacramento de la Reconciliación, nos ha perdonado y, así, ha hecho posible que podamos continuar adelante con nuestra vida. Y entonces, desde esa conciencia del perdón recibido, nos sentiremos motivados a “tener compasión” de quien ahora espera nuestro perdón.



ACTUAR

¿Cómo evalúo mi capacidad de perdón? ¿Hay alguien a quien no puedo perdonar? ¿Cuál es mi motivación principal para perdonar a otros? ¿Qué experiencia tengo del perdón recibido de Dios?

El perdón es un proceso que, a veces, nos cuesta llevar adelante por muchas razones. Por eso, es conveniente tener presente lo que el Papa Francisco dice en “Fratelli tutti”:

“No se trata de proponer un perdón renunciando a los propios derechos ante un poderoso corrupto, ante un criminal o ante alguien que degrada nuestra dignidad. Estamos llamados a amar a todos, sin excepción, pero amar a un opresor no es consentir que siga siendo así. Perdonar no quiere decir permitir que sigan pisoteando la propia dignidad y la de los demás, o dejar que un criminal continúe haciendo daño. Quien sufre la injusticia tiene que defender con fuerza sus derechos. Si un delincuente me ha hecho daño a mí o a un ser querido, nadie me prohíbe que exija justicia”. (241) “La clave está en no hacerlo para alimentar una ira que enferma el alma personal, o por una necesidad enfermiza de destruir al otro”. (242)

Por eso, en todo proceso de perdón necesitamos partir no de nosotros, sino del amor y misericordia de Dios para con nosotros, para poder llegar a perdonar de corazón a otros.